

desórden en las filas de la infantería. El combate fué encarnizado por ambas partes, mas las tropas regulares no consiguieron que retrocediesen los americanos, hasta que estos, observando que sus compañeros abandonaban la colina, retiráronse disputando el terreno palmo á palmo y bajo el fuego de las baterías, que por fortuna no les causó mucho daño. Poco despues hallábanse atrincheradas de nuevo en Prospect Hill, donde ya no fueron perseguidos por las tropas inglesas que permanecieron en posesion del reducto, la que tan cara les habia costado.

Nos hemos estendido un poco sobre los hechos que acabamos de referir, pero esto es porque ningun otro encuentro fué de tanta importancia como este en sus efectos, tanto para los americanos como para los ingleses. Las tropas británicas habian quedado dueñas del campo, pero aquella victoria era mas desastrosa y humillante para ellas que una derrota, pues á pesar de ir conducidas por espertos oficiales, fueron rechazadas varias veces por un enemigo inferior en número, indisciplinado y que contaba solo para su defensa con un reducto construido en una noche. Además de esto debe tenerse en cuenta que las bajas de las tropas de la Gran Bretaña fueron tan considerables como si se hubiesen batido con veteranos, pues segun se vió luego, tuvieron mil cincuenta y cuatro muertos y heridos, de los dos mil hombres que entraron en accion, entre los cuales contábanse muchos oficiales. La pérdida de los americanos no escedió de cuatrocientos cincuenta hombres y con razon puede decirse que esta derrota, si tal ha de llamarse, tuvo las consecuencias de un triunfo, pues inspiró confianza á los colonos, haciendo comprender á los ingleses que no debian confiar demasiado en la victoria. Los americanos acababan de probar que podian medir sus armas

con las disciplinadas tropas de Europa, sin cederles en nada la ventaja (*).

Entre los diversos oficiales distinguidos que perecieron en la defensa del reducto, la pérdida mas sensible para los americanos fué la del general Warren, quien pocos dias antes habia sido nombrado mayor general cuando desempeñaba el cargo de presidente del Congreso de Massachusetts y de la Junta de salvacion. Al recibir la noticia del proyectado ataque á Bunker's Hill, Warren dejó su puesto del Congreso y corrió al lugar de la accion, penetrando luego en el reducto, donde el bravo coronel Prescott le ofreció al momento el mando, que él rehusó, diciendo: «He venido para aprender el arte de la guerra al lado de un militar entendido, pero no para dictar órdenes.» Cuando sus conciudadanos se vieron en la precision de retirarse, él fué el último que abandonó el reducto, y á los pocos momentos recibió en la cabeza un balazo que le dejó muerto en el sitio. Su pérdida se consideró como una calamidad y produjo la mas profunda impresion en toda la América, porque ningun hombre de su edad era tan querido y respetado como José Warren, el intrépido y generoso mártir de Bunker's Hill (**).

(*) *Vida de Washington*, por Irving, vol. I, pág. 482.

(**) «Warren fué, como se ha dicho, el mártir de aquel dia glorioso, y su muerte se consideró como una calamidad para la *causa* y la *nacion*. Puede decirse que se hallaba en la primavera de la vida, pues solo contaba treinta y cinco años de edad, hallándose dotado de un carácter por demás atrevido y emprendedor muy apropósito para mandar á los hombres y comunicarles sus nobles y heróicos sentimientos. Como orador, podia figurar en primer término por su profunda elocuencia y su gracia en el decir. Su aspecto era el de un bizarro militar, sin dejar de tener por eso la cortesia y modales del mas cumplido caballero. Su sangre no se deramó en vano, pues inspiró á todos el deseo de la venganza, y su nombre llegó á ser el santo y seña en los momentos de peligro.» El intrépido Putnam se encontró tambien en lo mas recio de la pelea, pero estaba sin duda destinado á prestar nuevos servicios á su pais. Véase la *Vida de José Warren*, por Everett, pág. 53.

Apenas se encargó Washington del mando del ejército, creyó de su deber averiguar antes de todo cuáles eran sus fuerzas y posicion, y si bien pudo convencerse de que habia muy buenos elementos para formar un ejército, encontró tambien que carecian de armas, municiones y almacenes militares. Por lo que toca á los hombres, hallábanse todos animados del mejor espíritu y dispuestos á seguir á su jefe en las mas desesperadas empresas, mas por desgracia todos ellos no conocian la subordinacion, y eran completamente estraños á la disciplina militar. El espíritu de libertad que los habia reunido se revelaba en todos sus actos, y decimos esto porque en la provincia de Massachusetts los oficiales fueron elegidos por los soldados, en tanto que el Congreso nombraba por su parte otros, dando con esto lugar á que hubiera muchos envidiosos y descontentos. Casi todas las operaciones se retardaron por falta de ingenieros, pero el comandante en jefe no perdonó esfuerzo alguno para arreglarse sin ellos y al efecto formó brigadas de soldados, acostumbrándoles á la obediencia, y pidió al Congreso que nombrase un comisario general, en lo cual no se habia pensado. Muchos de los hombres mas activos se ocuparon constantemente en el manejo de la artillería, y tal fué el éxito de sus esfuerzos que al poco tiempo quedó el ejército organizado y dispuesto para entrar en servicio.

El dia 24 de julio fué nombrado comisario general del ejército americano José Trumbull; José Reed, miembro de la Cámara de Philadelphia, pasó á desempeñar el cargo de secretario del comandante en jefe, y por lo tanto Roberto H. Harrison fué elegido por Washington para el desempeño de este último honroso cargo, que desempeñó por espacio de varios años. Poco despues de esto,

llegaron al campamento varias compañías de tiradores que formaban un total de mil cuatrocientos hombres, procedentes de Pennsylvania, Maryland y Virginia. Daniel Morgan, natural de Nueva-Jersey, que se hizo luego célebre en la guerra, mandaba una de aquellas compañías, cuyo refuerzo fué muy conveniente para el ejército.

Las tropas del ejército americano, que llegaron entonces á componer catorce mil hombres, fueron situándose desde luego convenientemente en las alturas que hay al redor de Boston, formando una línea de doce millas de estension, que se estendia desde Roxbury hasta el rio Mystic, en tanto que las tropas británicas ocupaban Bunker's, Breed's Hill y Boston Neck, posicion nada conveniente, porque los que tenian que salir de Boston arriesgaban sus vidas para ir á buscar los necesarios medios de subsistencia. El general Gage contaba con unos once mil hombres admirablemente equipados, si bien carecian de provisiones, por lo cual no se atrevia el jefe á tomar la ofensiva á fin de salir de aquella situacion. Washington por su parte estaba resuelto á no abandonar las posiciones que habian tomado las tropas continentales, porque á su juicio, los ingleses debian arriesgar una batalla ó evacuar la ciudad. Entre tanto el Congreso se ocupaba activamente en adoptar las medidas necesarias para el bienestar público. Hacia fines del mes de junio se votó una emision de tres millones de duros en letras de crédito para pagar al ejército, y á principios de julio se acordó redactar una *Declaracion*, en que se manifestase las causas y la necesidad de que las colonias apelaran á las armas. El estilo digno y enérgico de este documento merece la atencion del lector, á quien aconsejamos lea en el Apéndice de este capítulo (*). En lo

(*) Véase el Apéndice I, al fin del presente capítulo.

tocante á dirigir una peticion al rey, hubo encontradas opiniones, pero al fin en 8 de julio se aprobó la medida, y esta fué la última vez que se intentó una reconciliacion (*).

Tambien se redactó un manifiesto para los habitantes de la Gran Bretaña, en el cual despues de suplicarles como amigos y hermanos que no sancionasen la tiránica política del gobierno hácia América, rechazábase el cargo que les imputaba el gobierno al decirles que querian proclamarse independientes. Hé aquí cómo terminaba este documento: «Se nos acusa de querer proclamarnos independientes, pero ¿quién podrá apoyar esta acusacion? No se debe juzgar por lo que alegan los ministros, sino por nuestras acciones. Despues de abusar de nosotros, injuriándonos y despreciándonos, ¿qué medidas podiamos tomar para obtener una reparacion? Hemos elevado respetuosas esposiciones al trono, y apelado á vuestra justicia; pero, ¿cuál ha sido el resultado? La clemencia del soberano no se estiende hasta nosotros; nuestras solicitudes se desprecian, nuestras súplicas son contestadas con insultos, y al ver que el rey solo responde con el silencio á nuestras quejas, nos queda la triste duda de si dejará de auxiliarnos por falta de voluntad ó porque no esté al alcance de su mano. Y aun despues de todo, ¿qué medidas hemos tomado que revelen el deseo de proclamarnos independientes? ¿Hemos pedido acaso auxilio á las potencias extranjeras, que eran rivales de vuestra grandeza? Cuando vuestras tropas eran escasas en número y se hallaban sin defensa, ¿nos hemos aprovechado de su situacion para arrojarnos de vuestras ciudades?» Además de este documento se estendieron otros dos; un

(*) Véase el Apéndice II, al fin del presente capítulo.

manifiesto al pueblo de Irlanda y una carta á la Asamblea de Jamaica, documentos que hubieran bastado por sí solos para convencer al ministerio inglés, de que los colonos sabian usar la pluma tan bien como la espada.

Persuadido el Congreso de lo importante que era contar con el auxilio, ó al menos la neutralidad de los indios, nombró tres juntas para que entendiesen en este importante asunto, y desde entonces comenzó á fijarse la atencion de todos en los hombres rojos y en sus particularidades. Mientras el Congreso celebraba sus sesiones, se organizó tambien la primera línea de postas que debia recorrer los Estados-Unidos para establecer la comunicacion, habiéndose nombrado por unanimidad á Benjamin Franklin administrador general, con atribuciones para tomar cuantos dependientes juzgase necesarios para conducir la correspondencia desde Falmouth, en Nueva-Inglaterra, hasta Savannah, en Georgia.

El Dr. Benjamin Church fué nombrado director de un hospital militar, pero pocos meses despues, segun dice Holmes en sus *Anales*, se le acusó de traicion por mantener una correspondencia ilícita con los ingleses de Boston, y en su consecuencia fué juzgado y se le desterró. Algun tiempo despues, permitiósele sin embargo que se marchara con su familia á las Indias orientales, mas el buque naufragó, pereciendo todos los pasajeros.

Atendida la crítica y alarmante situacion de las colonias, recomendó el Congreso que el día 20 de julio todos los habitantes de aquellas observaran un riguroso ayuno, consagrándose á la oracion, cuya orden se cumplió fielmente, siendo aquella la primera vez, segun dice Holmes, que se verificó semejante acto á la vez en todas las colonias desde el establecimiento de estas. Cuando llegó

dicha orden al ejército, Lee criticó aquella medida, pero Washington ordenó que se observase fielmente, y en su consecuencia suspendiéronse los trabajos, y todos los oficiales y soldados asistieron al oficio divino.

El gobierno británico, que no habia podido conseguir que los canadenses tomarán las armas contra los americanos, tampoco fué muy feliz en sus negociaciones con los indios, á los cuales no convencieron sin duda las razones del ministerio inglés, y aun puede decirse que se hallaban mas dispuestos á escuchar á los colonos. El Congreso propagó el rumor de que los ingleses habian tomado las armas para esclavizar, no solo á los hijos de América, sino tambien á los indios, y que si estos tomaban parte contra los colonos se verian reducidos muy pronto al estado de esclavitud. Creyóse que semejantes argumentos inducirian á los salvajes á permanecer neutrales, y de este modo los colonos se verian libres de un enemigo muy peligroso. A fin de asegurar el éxito, juzgóse oportuno celebrar una conferencia con las Seis Naciones, reunidas en consejo en Philadelphia, y á continuacion reproducimos el discurso que se dirigió á los jefes de las tribus, porque es harto curioso, y espone qué razones se adujeron para granjearse las simpatías y apoyo de los indios: «¡Hermanos jefes y valientes guerreros! Nosotros somos los delegados de las Doce Provincias Unidas, representadas en el Congreso general de Philadelphia: ¡Hermanos y amigos, escuchad! Cuando nuestros padres cruzaron el gran lago para venir á este pais, el rey de Inglaterra les hizo una promesa, asegurándoles que ellos y sus hijos serian tambien hijos suyos, y que si querian dejar su tierra natal para venir á establecerse aquí, para traficar con sus amigos del otro lado del agua, serian siempre considerados como

hermanos, disfrutando completa paz y tranquilidad. Tambien se convino que los campos, las casas, los bienes y las posesiones que adquiriesen nuestros padres se considerarian como una propiedad absoluta con derecho á trasmitirla á sus hijos. ¡Hermanos y amigos, prestad atencion! Ahora os diremos por qué razon se han indispuerto los consejeros del rey Jorge con los habitantes de las colonias de América. Muchos de los primeros persuadieron al monarca para que faltase á la promesa que nos habia hecho, é induciéndole luego á que formase una liga contra nosotros, han conseguido romper los lazos que nos unian con aquel pais, y que hasta aquí habian sido indisolubles desde el establecimiento de nuestros antecesores en estas colonias. Ahora nos dicen esos hombres que tomarán lo que quieran de nuestros bolsillos, como si fuese suyo propio; que nos despojarán de nuestras cartas ó Constitucion escrita, que ya sabeis amamos mas que nuestra propia vida, y finalmente, que todas las plantaciones, casas y bienes podrán ser suyas cuando ellos quieran y sin nuestro consentimiento. Tambien nos dicen que los buques de estas colonias deberán ir á tal ó cual isla para traficar, y no á la que queramos, y en el caso de no cumplirse estas órdenes, se cerrarán nuestros puertos. ¡Hermanos, vivimos con vosotros en el mismo pais, y siendo habitantes de la misma tierra, deseamos sentarnos con vosotros bajo el árbol de la paz, que debemos conservar cuidadosamente, hasta que sus grandes hojas y floridas ramas lleguen al azulado cielo, iluminadas por los rayos del sol! Para el caso de que ocurriese entre nosotros algo desagradable, debemos adoptar desde luego medidas á fin de hacer un arreglo amistoso, y por ahora nos parece oportuno, atendida nuestra situacion, que nos comuni-